

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



¿CHICO
O CHICA?

POR
CARMEN BONI

50 cts.

71
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director FRANCISCO MARIO BISTAONE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

.....

¿CHICO O CHICA?

Graciosa y delicada comedia basada en la vida moderna, magistralmente interpretada por la simpática artista

CARMEN BONI

Producción de la **SOCIÉTÉ DES CINÉROMANS**

Dirección de **AUGUSTO GENINA**

EXCLUSIVAS

GAUMONT "Diamante Azul"

Paseo de Gracia, núm. 66

BARCELONA

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

J. Baró, Impresor - Barcelona

¿CHICO O CHICA?

Argumento de la película

La naturaleza se había mostrado pródiga en toda su belleza, derramando sin tasa sus dones sobre las vastas posesiones del anciano duque de Kilmarnock, en la tierra llena de luz y alegría de la bella y sonriente Italia.

Como una magnífica joya, encerrada en un rico estuche de raso, alzábase con orgulloso dominio el suntuoso castillo de Kilmarnock, donde su noble propietario, un perfecto "gentleman", arrastraba su tedio y los achaques propios de su edad.

En el solitario retiro de su magnífica propiedad, vivía, desde hacía años, el viejo aristó-

erata, sin más compañía que la de sus servidores y la del jocundo Matías Albini, administrador de la inmensa hacienda, y que había aprendido la ciencia del buen vivir en las sabias máximas del célebre filósofo Epicuro.

Un dolor secreto, uno de esos intinos dolores incurables, había decidido al noble caballero a encerrarse en la fortaleza de su soledad, para vivir entregado por completo a sus tristes recuerdos.

Último descendiente de una familia de la más alta nobleza italiana, había cifrado todas sus ilusiones de perpetuar su apellido, en el único hijo que Dios había querido concederle. Pero éste, dominado por la pasión del Arte, había abandonado, hacia muchos años, el hogar paterno, había tenido, como otros muchos, su novela de amor y había muerto en el extranjero, sin volver a ver a su padre.

Desde aquella fecha, su carácter, alegre y jovial, se trocó en lúgubre y sombrío, haciéndole huir del trato de los demás y profundizando en su corazón una extremada aversión a las mujeres.

Aquella mañana, había recibido una fotogra-

fía, cuya dedicatoria reverdecía el profundo dolor que, desde hacia tiempo, ensombrecía su vida; y al ver entrar a su administrador, le hizo sentarse junto a él y le preguntó:

— Cuando mi hijo murió, usted estaba ya en mi casa, ¿verdad?

— En efecto, Excelencia — respondió éste, sin comprender el por qué de aquella pregunta.

Y por un momento, los dos hombres quedaron sumidos en un profundo silencio, recordando la triste historia de aquella funesta pasión, hasta que el duque volvió a preguntarle:

— ¿No ha habido ninguna noticia de aquella mujer?

— Hasta ahora, que yo sepa, ninguna, señor — contestó el administrador.

Sacó entonces el anciano el retrato que había recibido y, entregándoselo, le dijo:

— Mire esta fotografía y lea su dedicatoria.

Recogió Matías la cartulina, en la que había estampada la imagen de un jovencito de unos diez y seis años, de facciones delicadas y suaves como las de una mujer, y leyó el escrito del dorso que decía:

Querido abuelo:

Cumplo hoy mis diez y seis años. Muerta mi madre, sigo los deseos de mi pobre padre enviándole mi retrato.

Perdone mi audacia y acepte la expresión de mi cariño sincero y respetuoso.

Freddie.

Quedó el huero de Matías durante unos segundos sin saber qué decir, sobrecogido por la agradable sorpresa, hasta que finalmente, sin poder disimular su alegría, exclamó:

— ¡Tenía un hijo!... ¿Es posible que el señor duque no desee conocerle?

— Ni deseo, ni pienso conocerle — contestó seriamente el aristócrata—. De "aquello" no quiero saber nada más.

Su larga permanencia en el cargo de administrador, le había hecho conocer a fondo el carácter de su señor y, por lo mismo, esperó a que se calmase el estado de excitación en que se encontraba en aquellos momentos, para decirle, cuando lo vió más tranquilo:

— Piense Su Excelencia, que su nombre se

extingue falta de un heredero directo, y que su nieto puede perpetuarlo.

Aquel razonamiento amainó algo más las



— Piense Su Excelencia que su nombre se extingue falta de un heredero directo, y que su nieto puede perpetuarlo.

iras del anciano y le hizo pensar en la verdad que encerraban las palabras de su administrador. No obstante, guardó silencio durante un

buen rato, sosteniendo interiormente una lucha de encontrados sentimientos, hasta que por fin la voz de la sangre se hizo sentir con más fuerza que ninguna otra, y exclamó:

—Tome usted el tren, Matías, y vuelva con él... Veámos lo que es este muchacho y lo que por él se puede hacer.

Al día siguiente, Matías Albini, cumpliendo las órdenes de su amo, se trasladó a la cercana ciudad y se presentó en casa del futuro heredero, preguntando a la criada que salió a recibirle:

—¿Freddie Caverley, vive aquí?

—Sí, señor; si quiere tener la amabilidad de esperar un momento, pasaré inmediatamente recado.

El epicureo Matías, al ver un perro, sentía, no esa prudente prevención que inspiran los afilados colmillos de este animal, sino un pánico tan horroroso que le hacía estremecerse de pies a cabeza.

Para desgracia suya, mientras esperaba en el recibidor, asomó, por una de las puertas, como queriendo inspeccionar al visitante, la

cabeza de un hermoso can, que dejó al pobre Matías casi sin respiración.

Al verlo, sintió que la sangre había dejado de circular por sus venas, y arrebujándose todo lo que pudo en el sofá, donde estaba sentado, se ocultó hasta que el animal, sin haberle el menor caso, desapareció tranquilamente, y se abrió de nuevo la puerta por donde había salido la sirvienta.

Freddie Caverley no era un muchacho, como habían supuesto el duque y su administrador, al ver su fotografía, sino una preciosa jovencita, muy siglo XX, que, con sus cabellos cortados al estilo de los hombres y su traje hechura sastre, tenía todo el aspecto de un adolescente.

Cuando Matías logró reponerse un tanto del susto recibido por la presencia del perro, apareció Freddie, que le dijo:

—¿Pregunta usted por mí, caballero?

—No, señorita. Yo deseaba ver al señor Caverley — repuso Albini, levantándose de su asiento.

—Entonces, soy yo la persona que usted desea ver.

El pobre administrador abrió desmesuradamente los ojos y acercándose a ella, contestó, sonriendo, ante lo que él no podía tomar por otra cosa que por una inocente broma de la muchacha:

—No, señorita, debe usted estar equivocada... Yo busco a este joven.

V le enseñó la fotografía que el duque le había entregado, para que reconociese a su nieto.

—Le digo a usted que soy yo — volvió a insistir Freddie, al ver su retrato—. En Inglaterra el nombre de Freddie es aplicable indistintamente a hombre o a mujer.

Hasta el solitario castillo, donde Matías hacía su vida sedentaria, no había llegado aún el actual modernismo que obliga a la mujer a adquirir cierto aire masculino que le da esa encantadora picardía que se refleja en el rostro de nuestras mujercitas modernas; y ante la insistencia de la joven, quedó como el que ve visiones y apenas pudo exclamar, sin salir de su asombro:

—Pero... ¿si en la fotografía parece usted un hombre!

—Hoy en día, casi todas las mujeres se parecen un poco a los hombres... ¡Es la moda! — le explicó Freddie, riéndose de la extrañeza del administrador; y luego, adivinando el motivo de la visita, volvió a preguntarle:

Es mi abuelo quien le envía, ¿verdad?

—Sí, señorita, es el duque — repuso melancólicamente Matías—. Desgraciadamente, él creía que se trataba de un nieto. La idea de que su nombre se extinguiese no le agradaba y lo que él espera mañana es un futuro señor de sus dominios... y no a usted...

—Quizás usted haya comprendido mal... Lévenme al lado de él, y entonces veremos — le suplicó la simpática muchacha, al notar el gesto de contrariedad de su visitante.

—¿No lo conoce usted bien! La mandaría para acá por el primer tren.

—Entonces, ¿es inútil insistir?

—Completamente inútil — suspiró Matías, acordándose de la amistad que le había unido con el difunto duquesito.

Y se despidió diciendo:

—Si puedo serle útil en algo, estoy a su disposición en el Hotel Central... Mañana me marcharé en el tren de las cinco de la tarde.

Para Freddie, desde la muerte de su padre, su mayor ilusión fué la de vivir con su abuelo, y no podía avenirse a perderla tan fácilmente, por aquel capricho, tan sin fundamento, que la obligaba a vivir en continua orfandad. Además, ¿qué culpa tenía ella de haber nacido mujer? Y pensando en esto, cruzó por su imaginación una idea bastante atrevida; y sin detenerse a meditar las consecuencias que podían derivarse de ella, decidió ponerla en práctica, convencida de que tarde o temprano llegaría a conquistar el cariño de su abuelo, aun cuando fuera tan huracán como se lo había pintado su administrador.

Al día siguiente, en el tren de las cinco, y en el mismo departamento en que viajaba Matías, se hallaba sentado un jovencito de rostro amigable, que fumaba tranquilamente un cigarrillo.

Al principio, el bueno de Matías se hallaba tan ocupado en la colocación de sus hártulos, que apenas si fijó su atención en su joven

acompañante, que sonreía burlonamente, pensando, tal vez, en el efecto que produciría su presencia a su compañero de viaje; pero, cuando éste se volvió hacia él, no pudo reprimir un gesto de asombro, al reconocer en aquel muchacho, nada menos que a la nieta del duque de Kilmarnock.

—No se extrañe usted demasiado — exclamó, riéndose de los aspavientos que hacía el pobre hombre—. ¿No quería el abuelo un nieto?... ¡pues aquí lo tiene!

—Pero, ¿está usted loca? — repuso asustado el administrador, ante el temor de que el duque llegase a descubrir aquella superchería; y, recogiendo otra vez su equipaje, se dispuso a cambiarse de vagón, a la vez que le decía:

—¡Adiós!... ¡Adiós!... ¡Yo no quiero lios!

Pero, al llegar al otro departamento, se encontró con que Freddie se había trasladado también, y exclamó, desesperado:

—Usted, por lo visto, se ha propuesto labrar mi ruina, ¿no es verdad?

Comprendió la joven que únicamente llegándole al corazón podría aplacar el miedo de

aquel hombre, y le suplicó, sinceramente conmovida:

—¿Piense usted que soy huérfana?... ¡Que estoy sola en el mundo!... ¡La vida es muy triste para mí!... ¡El abuelo tendrá corazón!... ¡Déjeme verle, y como hombre o como mujer yo sabré conquistarlo!

Aquella súplica y el acento doloroso con que fué hecha, conmovió el alma cándida y buena del administrador, que aceptó, no sin alguna resistencia todavía, el papel de cómplice que le exigía la muchacha, a pesar del miedo que le producía el mal genio de su señor.

No tardó mucho tiempo en tener que empezar sus funciones como protagonista de aquella comedia, cuyo final lo preveía desastroso. En la estación inmediata a la de partida, subió al mismo compartimiento de ellos el párroco del castillo; y Freddie, al observar el azoramiento del pobre Matias, quiso divertirse un rato a su costa y le dijo:

—¿Quiere usted presentarme al reverendo?

El administrador, después de intentar dos o tres veces hablar sin conseguir deshacer el

nudo que le oprimía la garganta, pudo al fin decir, señalando al eclesiástico:

—Nuestro sacerdote... La... el...

—El nieto del duque de Kilmarnock — le atajó Freddie, terminando de hacer su presentación.

Y en amena conversación entre el párroco y la joven, que cada vez encontraba más divertida la extraordinaria aventura, transcurrió distraidamente todo el resto del viaje, mientras que el complaciente administrador sudaba la gota gorda, pensando en la hecatombe que se avecinaba, si el duque llegaba a sospechar la verdad.

... ..

Todo tiene fin en este mundo, y también lo tuvo para nuestros tres amigos aquel memorable viaje; y cuando un criado anunció al duque la llegada de su nieto, acompañado del administrador, el anciano, que, a pesar de su oposición del día anterior, esperaba con vivos deseos la llegada de aquel muchacho que venía a poner con sus risas un poco de alegría en su vejez, le ordenó:

—Antes de ver a mi nieto, quiero ver al administrador.

Mientras tanto, éste, que no las tenía todas consigo, no cesaba de darle consejos a Freddie, para que no se descubriera, diciéndole:

—No olvide que, aquí, es usted un muchacho... Con el duque, mucho respeto, mucho silencio y responder siempre que sí...

Quedó la joven un momento sola, esperando el permiso para entrar a saludar a su abuelo, y mientras tanto sus ojos se posaron sobre un retrato que había sobre la mesa, en el que reconoció a su padre muerto. Lo contempló con infinita ternura durante breves instantes, y después lo estrechó contra su pecho y lo besó apasionadamente.

Aquella acción conmovió al viejo mayordomo, que no apartaba la vista de Freddie, y le hizo exclamar:

—¡Yo quise tanto a su pobre padre, señorito!... ¡De pequeñín lo tuve en mis brazos!

Y a la vez que el fiel criado recordaba con cierta alegría los felices tiempos pasados, en la habitación inmediata el duque le preguntaba a su administrador:

—¿Qué impresión le ha hecho mi nieto?

—¡Excelente, Excelencia!... ¡Excelente!...



Contempló el retrato con infinita ternura durante breves instantes, y después lo estrechó contra su pecho...

¡Es el vivo retrato de su padre! — repuso Matías sin titubear.

—Bien... bien. Hágale pasar.

Y al tenerlo delante y contemplar la figura

de su cutis y la flexibilidad de su cuerpo de mujer, exclamó:

—Eres blanco como una damisela! Además, estás demasiado delgaducho para tu edad. Hay que llenarse un poco... hacer espaldas, músculos... ¡Y esto, pronto, ¿eh? muy pronto!

A medida que hablaba el Duque, su nieta y el administrador se miraban mutuamente, expresando con sus miradas el temor que sentían a cada momento de que fuera descubierto su verdadero sexo. Pero por fortuna el examen de su persona duró poco y el anciano aristócrata, obsesionado por la idea de su hijo, volvió a decirle:

—Naturalmente, serás músico como tu padre, ¿verdad?

—Efectivamente, la música me gusta — contestó inmediatamente Freddie; pero al ver el gesto de contrariedad de su abuelo y la señal negativa que le hacía el administrador, se fijó en un retrato del duque, montado a caballo, y trató de enmendar su yerro diciendo:

—Me gusta la música, pero me gustan todavía más los deportes... Sobre todo, el montar a caballo me entusiasma.

Aquella declaración contrarrestó la mala impresión producida por su primera afición, y



—Me gusta la música, pero me gustan todavía más los deportes...

el duque, complacido porque su nieto profesara a su "sport" favorito la misma predilección que él, le contestó cariñosamente:

—¡Ya veremos!... ¡Ya veremos!

Y al quedarse nuevamente solo con su ad-

administrador, volvió a decirle, verdaderamente orgulloso de su nieto:

—Hay madera... disposiciones... ¡Haremos de él un hombre de una vez!

...

Al día siguiente, el viejo duque tenía ya un motivo de distracción en que emplear sus largas horas de ocio, y aquella mañana hablaba con su administrador, en el patio del castillo, y le decía, satisfecho de la obligación que había contraído consigo mismo:

—Desde hoy, voy a ocuparme de la educación física de mi nieto... El caballo, las armas, la natación...

A cada palabra del duque, el pobre Matías sentía que el corazón dejaba de latirle con su regular normalidad. Se hallaba en un estado tal de nerviosidad, que casi no le llegaba la camisa al cuerpo, como suele decirse; y temía que aquellos malditos deportes descubrieran, en un momento dado, el tremendo enredo en que le había metido la atolondrada nieta de su señor.

Trató de oponerse débilmente a los propó-

sitos que acababa de expresarle el duque y objetó:

—¿No sería mejor esperar a mañana?... Quizás se encuentre todavía fatigado del viaje...

La aparición de Freddie vistiendo un elegante traje de montar, vino a desmentir la falsa suposición del administrador; y el duque, al ver que llevaba al revés las espuelas, le ordenó a Matías:

—Arrégtele las espuelas, que este chico se ha equivocado de pies.

Obedeció el administrador el mandato de su señor, y cuando hubo terminado ayudó a Freddie a montar sobre el caballo, a la vez que le preguntaba:

—Pero ¿usted sabe de verdad montar a caballo?

—No he montado en mi vida — repuso, riéndose, la muchacha.

Y mientras el bondadoso Matías se llevaba las manos a la cabeza, temiendo por la vida de la joven, ésta y su abuelo emprendieron su marcha hacia las afueras del castillo.

Al poco rato, llamó el duque la atención a su nieto, diciéndole:

—Vamos a trotar un poco.

Freddie fustigó suavemente su caballo que, al sentir junto a él las pisadas de otro animal, emprendió instantáneamente una veloz carrera, sin darle a la muchacha más tiempo que el de echarse sobre el cuello de su brioso corcel y asirse fuertemente a la crin. En esta posición continuó durante un buen rato aquella frenética carrera, hasta que el caballo se paró voluntariamente, cerca de un estanque. Milagrosamente la muchacha se había librado, gracias a la misma velocidad del animal; pero en su rostro se reflejaba el miedo que durante aquellos segundos había experimentado.

Su abuelo, desde lejos, contemplaba admirado los extraños movimientos que hacía su nieto sobre el caballo, creyendo que eran debidos a su destreza y, cuando se acercó a él, le dijo:

—Es un bonito animal, ¿verdad?... Su único defecto es que es demasiado nervioso.

Freddie, al oír aquello, se agarró instintivamente a la montura, temiendo que el caballo

quisiera nuevamente confirmar las palabras de su abuelo; pero inmediatamente se dio cuenta de que iba a descubrir su ignorancia y, repuso, fingiendo una tranquilidad que estaba bien lejos de sentir:

—¿Cree usted?... No lo había notado!...

Después del paseo de aquella mañana, Freddie empezó a comprender que no era tan fácil como parecía, a simple vista, el desempeñar el papel de hombre; pero no obstante, estaba firmemente decidida a conquistar el cariño de su abuelo y continuó representando admirablemente su papel, durante todo el resto del día. Llegó la noche, y mientras el duque fumaba su último cigarrillo y bebía su última copa, le preguntó a su nieto:

—¿Sabes nadar?

—Admirablemente. He ganado un concurso de natación — repuso Freddie, sin titubear un instante.

—Entonces, mañana por la mañana empezaremos nuestros ejercicios de natación.

¡Ahora sí que estaba perdida! ¿Cómo iba ella a presentarse ante su abuelo en traje de baño, sin descubrir su verdadera personalidad?

Pero pronto su fértil imaginación encontró un recurso para sustraerse al peligro que la amenazaba, y contestó:

—Será mejor dentro de unos días, abuelo... Estoy un poco resfriado...

—¡Bah! ¡Eso no tiene importancia! — exclamó el duque, ofreciéndole un gran vaso de "whisky". Toma, bebete esto... No hay nada como el "whisky" para curar los constipados.

Sin sospechar la fortaleza de aquella bebida, la muchacha vació el vaso de un solo trago y abrió los ojos desmesuradamente, buscando con la vista algo que pudiera aplacar aquel fuego interior que la abrasaba. Afortunadamente, su abuelo había salido en aquel instante, y Freddie agarró, con la misma ansia que un naufrago se coge a un madero, el sífon que había sobre la mesa y logró mitigar un algo los efectos de aquella maldita bebida que amenazaba asfixiarla.

Sonó, por fin, la hora de retirarse, y Freddie, desempeñando las funciones de un nieto cariñoso, se arrodilló a los pies de su abuelo y le calzó cuidadosamente las zapatillas.

El duque le agradeció aquella atención, acariciándole bondadosamente y diciéndole:

—Gracias, pequeño... Tienes unas manos suaves como las de una mujer...

Quiso la joven aprovechar aquel momento de debilidad de su abuelo para ir predisponiendo su ánimo a la idea de que en realidad fuese una mujer, y le preguntó:

—Abuelo... ¿y si en vez de un nieto hubiese sido yo una nieta?

Cambió instantáneamente el duque el gesto de dulzura por otro de indignación, y la atajó:

—A estas horas estarías tocando el piano en tu casa, no te quepa duda.

Aquella enérgica contestación era para ella el fracaso de todas sus ilusiones, la prueba evidente de que jamás llegaría a ocupar en aquella casa el lugar que le correspondía por su verdadero sexo, y, con el corazón oprimido por una angustia infinita, se encerró en su cuarto, decidida a abandonar aquella empresa, que consideraba ya irrealizable.

Se despojó con rabia, más bien con odio, de aquellas prendas que no eran las suyas, y se

vistió con las que verdaderamente le pertenecían.

En aquel momento entró el viejo mayordo-



Abuelo... ¿y si en vez de un nieto hubiese sido yo una nieta?

mo y, al ver a su señorito transformado en una linda joven, quedó asombrado de aquel repentino cambio de personalidad, y antes que

pudiera repouerse de su sorpresa, le dijo Fred-die, indignada:

—¡No se asuste usted!... ¡Soy, en efecto, una mujer y me voy de esta casa, donde no se puede ver a las mujeres!... ¡Aquí no hay más que viejos inútiles!...

En el rostro del antiguo y fiel servidor se dibujó un dolor tan sincero, al verse tratado de aquella manera tan injusta, que la joven, adivinando en la triste mirada del criado el cariño que la profesaba, sintió deseos de confiarle la pena que inundaba su alma y exclamó, arrojándose a los pies de la cama, con la voz velada por las lágrimas:

—Perdóneme... ¡Si supiera usted lo que sufrí!... Yo esperaba tocar el corazón de mi abuelo... pero ya veo que nunca admitirá a su lado a una mujer... ¡Mi abuelo!... ¡Era tan dulce para mí estar con él!... ¡Es lo único que tengo en el mundo!...

El mayordomo, al ver llorar tan desconsoladamente a la hija de aquel muchachote que tantas veces había tenido en sus brazos y que había querido como si se tratase de su propio hijo, se acercó a ella, tratando de consolarla;

y mientras hacía esfuerzos para contener las lágrimas, que insensiblemente resbalaban por



—...Yo esperaba tocar el corazón de mi abuelo... pero ya veo que nunca admitirá a su lado a una mujer...

sus arrugadas mejillas, le dijo cariñosamente:

—No se desespere... Tenga confianza, señorita, y quédese... El recuerdo de su padre le dará fuerzas...

Y ante el recuerdo del padre amado, invocado con aquel fervoroso cariño y en aquel momento tan crítico de su vida, Freddie sintió renacer en su alma la esperanza; y agradeciendo al viejo mayordomo, desde lo más profundo de su corazón, el amor que por ella demostraba, le prometió seguir su consejo, hasta lograr vencer la hostilidad de su abuelo.

...

Cerca de la hacienda del duque tenía la suya su prima, la Vizcondesa de Iverness, que se pasaba la vida cultivando una flor de ingenuidad y también, ¿por qué no decirlo?, de tontería.

Esta flor de invernadero era su hija Filomena, a quien su madre leyó una carta que acababa de recibir y que decía:

Querida prima:

¿Queréis proporcionarme el placer de venir a comer esta noche a mi casa con tu hija? Tendré el gusto de presentaros a mi nieto.

Jorge de Kilmarnock

— ¡Un primito!... ¡Un lindo primito que le cae del Cielo! — exclamó la vizcondesa, cuando terminó la lectura, abrazando a su hija.

Esta no pudo reprimir un significativo suspiro, pensando, con esa coquetería que desde niña florece en el corazón de toda mujer, en aquel desconocido primo, que bien podía ser un futuro novio que Dios le enviaba, y que hizo que su madre volviera a exclamar:

— ¡Quién sabe, hija mía, si estás llamada a ser duquesa!

A la misma hora, en casa de la baronesa de Mac Ferlane, otra prima del duque, que había ido a ocultar su vieja soltería y su escasa salud bajo el cielo añil de Italia, leía ésta, al párroco, una carta análoga a la anterior y le preguntaba:

— ¿Conoce usted al nieto del señor duque?

— Le conozco, señora... Hicimos el viaje en el mismo tren — repuso el sacerdote, comprendiendo de sobra el motivo de aquel interés tan extraordinario que demostraba la baronesa por el futuro duque de Kilmarnock.

— Y... ¿cómo es?... ¿Joven?... ¿Bien parecido?... — volvió a preguntar la solterona.

— Muy joven... Casi un niño... ¡Dieciséis años! — contestó el párroco, echando por tierra el quimérico castillo que se había forjado, en un momento, la baronesa, de una probable y próxima boda.

Como no podía menos de suceder, la vizcondesa aceptó la delicada invitación de su primo y se presentó, acompañada de su hija, en casa del duque, que le dijo momentos antes de la comida:

— Voy a presentaros a Freddie.

Poco después apareció éste, correctísimamente vestido de etiqueta, quien saludó con una leve y graciosa inclinación a las damas; seguidamente, su abuelo, señalándole a Filomena, que continuaba, embobada, contemplando a su simpático y fingido primo, dijo a los dos jóvenes:

— Podéis tutearos sin miedo... ¡Sois primos!

Claro está que en aquel momento Freddie pensaba que el verdadero "primo" era su abuelo; pero se abstuvo muy mucho de exteriorizar su pensamiento y fué a sentarse con Filomena, al otro lado de la estancia, mientras

que el duque explicaba a su prima el motivo de haber admitido a su nieto, diciéndole:



—*Podéis tutearos sin miedo... ¡Sois primos!*

—Mi nombre iba camino de extinguirse, y por eso he creído un deber el recogerlo.

La vizcondesa miró hacia el grupo que formaban Freddie y su hija y contestó, intencionalmente:

—¡Tu nombre se perpetuará, Jorge; ten la seguridad de ello!

Mientras tanto, Freddie, no pudiendo soportar por más tiempo la compañía de aquella figura de mazapán con ojos y alma, se separó de Filomena y se puso a tocar el piano.

El alma de artista del padre vibraba con toda su fuerza en la de la joven, y sus dedos, al recorrer con sorprendente agilidad el blanco teclado, arrancaban del piano las notas dulces y melancólicas de una sentimental melodía.

La vizcondesa, al oír aquella música deliciosa, no pudo contener su admiración y exclamó:

—¡Maravilloso!... ¡Igual que su padre!...

Y en contradicción a la armoniosidad del piano, se oyó el llanto de Filomena que, influenciada por la música y al verse abandonada por su primo, empezó a llorar desconsoladamente.

Acudieron a ella alarmados el duque y su madre, y la vizcondesa lo tranquilizó diciéndole:

—Nada, no ha sido nada... Es la música y... ¡los hombres!... ¡Ay, los hombres! — Y

miró fijamente a Freddie, como queriendo dar a entender el "estrago" que había causado en el corazón de su pequeña.

Aquello era ya demasiado para el fingido nieto del duque y, ante el temor de que le hicieran hacer algo que no hubiera estado muy en consonancia con su sexo, abandonó la sala apresuradamente.

Pasaron algunos días, durante los que el duque, atormentado por sus achaques, olvidó en absoluto sus asuntos; y cuando de nuevo volvió a ocuparse de ellos, le dijo a su administrador, admirado de la enorme correspondencia que tenía sobre su mesa:

—¡Cuántas cartas!

—Píense Su Excelencia que hace tres días no ha abierto una sola — respondió Matías, explicando el motivo de aquella aglomeración.

Cuando el duque iba enterándose del conte-

nido de cada una de aquellas misivas, se presentó el mayordomo anunciando una visita importante; el visitante, después de obtener el correspondiente permiso para entrar, explicó el motivo de su llegada diciendo:

—Me he anticipado a Su Alteza Real la princesa de Dinamarca, para anunciaros que deberá llegar aquí dentro de una hora aproximadamente.

Aquella inesperada visita alarmó, como puede suponerse, al duque, que no tenía nada preparado para hacer un recibimiento digno de la alta personalidad que llegaba; y entre él y su administrador empezaron a buscar, entre la correspondencia, la carta en la que la princesa debía anunciar su viaje, hasta que por fin dieron con ella y leyeron su contenido que decía:

Querido amigo:

Estoy en Italia. Dentro de dos días visitaré sus dominios y me detendré unas horas en su casa para tener el gusto de verle y admirar su magnífica propiedad, de la cual me habló usted con tanto entusiasmo durante la misión que le llevó a nuestra Corte.

En espera de estrechar su mano, le saluda afectuosamente,

princesa Mary de Dinamarca

El pobre duque no sabía qué hacer, ante lo precipitado del caso. Iba de un lado a otro dando órdenes, y cuando entró Freddie, le dijo, contestando a la pregunta que le hizo la joven, sobre aquel ir y venir de los criados:

—Es que va a llegar de un momento a otro Su Alteza Real la princesa de Dinamarca.

El mayordomo tampoco permanecía inactivo, y acordándose de un dato importantísimo, llamó la atención del duque, diciéndole:

—Me permito recordar al señor, que para recibir a una princesa, la etiqueta exige la presencia de una señora o señorita de la familia.

—Es cierto — repuso el aristócrata; y le ordenó inmediatamente:

—¡Teléfono a la baronesa!

Salió el criado, seguido de Freddie, que le dijo, poseído de una súbita idea, que le permitiría vestir por unos días sus trajes de mujer, y ¡quién sabe si terminar, por fin, aquella farsa!

—Dígame que no está en casa... que no saben cuando volverá.

Cumplió el sirviente los deseos de su señorita, y el duque volvió a ordenarle:

—Entonces telefónea a la vizcondesa,

—Abuelo — intervino Freddie, antes que el criado pudiera cumplir lo que le ordenaban —, la vizcondesa no tiene teléfono,

—Pues toma un auto y tráeme sin tardanza a una o a otra.

Dando saltos, como un verdadero chiquillo, salió Freddie de la estancia, diciéndole quedamente a su mayordomo:

—¡Venga a ayudarme! ¡No hay tiempo que perder!

Y corrió hacia su cuarto, para poner inmediatamente en práctica el travieso plan que acababa de concebir.

Una vez encerrada en su alcoba, Freddie abrió su ropero y empezó a elegir un traje de mujer con que poder recibir a la princesa, ante el asombro del viejo criado, que le preguntó, alarmado, adivinando el pensamiento de la joven:

—Pero... ¿qué va usted a hacer?

—Muy sencillo — repuso la traviesa y simpática muchacha, sin detenerse en su precipitada tarea —: proporcionar la mujer que se necesita.

Y cuando ya hubo sacado toda la ropa que necesitaba, le señaló, sonriendo picarescamente, la puerta al mayordomo, como dándole a entender que ya estaba de más en la habitación...

En la suntuosa residencia del duque de Kilmarnock había quedado todo ultimado para recibir dignamente a la regia visita, y solamente faltaba ya la dama que debía acompañar al propietario del castillo a recibir a la princesa, cuando el duque, impaciente por la tardanza de Freddie, llamó a su administrador y le ordenó:

—Infórmese si ha venido mi nieto.

El pobre Marias, que desde la llegada de la joven vivía en continua zozobra, subió a las habitaciones de la muchacha y, ya cerca de la puerta, le detuvo el mayordomo, diciéndole confidencialmente:

—Señor Albini... creo que es mi deber advertirle que el señorito Freddie... ¡es una señorita!

—¡Eso va lo sé! — repuso el administrador —. Pero ya conoce usted a su Excelencia... A toda costa hay que impedir que conozca la verdad.

Y al enterarse por el criado de la nueva locura que pensaba realizar la joven, entró precipitadamente en el cuarto, sin detenerse a pensar que se trataba de la alcoba de una señorita, y le dijo enérgicamente, al verla vestida de mujer:

—Desnúdese usted en seguida!

—Pero ¿se ha vuelto acaso loco? — repuso tranquilamente la muchacha.

—¡Qué locura ni qué caracoles! — exclamó, cada vez más excitado, Matías—. Yo no puedo hacerme cómplice de semejantes transformaciones! ¡O se desnuda usted, o la desnudo yo!

—¿Pero usted sabe lo que se dice, al pretender que yo me desnude delante de usted?— contestó Freddie, riéndose del miedo del pobre administrador.

Pero éste, en su aturdimiento, no pensaba en otra cosa que en hacerla cambiar de traje y fué sacando del ropero y entregándole a la joven todo lo necesario para que volviera a adquirir su aspecto de varón, a la vez que le decía:

—¡Aquí tiene su traje! ¡Quítese inmediatamente esas faldas y vístase de hombre!

—Está bien — exclamó la joven—. Pero, para ello, es preciso que se vaya usted a aquel rincón y se vuelva de espaldas, hasta que yo le avise.

Y mientras que el incauto Matías aceptaba la condición que le imponía la muchacha, ésta aprovechó aquella ocasión para salir de la habitación, dejando en ella al asustadizo administrador, que preguntó, después de un gran rato de espera:

—¿Ha terminado ya?... ¿Puedo volverme?

Ante el prolongado silencio que siguió a sus preguntas, se volvió hacia el lugar donde había dejado a Freddie, y al ver la habitación vacía, salió en su persecución, para impedir que se presentase a su abuelo y evitar la catástrofe que se avecinaba, si aquél llegaba a verla. Pero

antes que pudiera dar con ella, lo llamó un criado diciéndole:



—*Está bien... Pero para ello es preciso que se vaya usted a aquel rincón y se vuelva de espaldas, hasta que yo le avise.*

—El señor duque pregunta por usted.

—¡Dios Santo! Indudablemente el duque ha visto ya a Freddie y descubierto todo el engaño — pensó, presa de un pánico indescribible, el pobre Matías.

¡Y lo peor de todo era que ella habría declarado su complicidad! ¿Cómo podría ahora justificar él su conducta?... Mil pensamientos bullían en su imaginación, sin encontrar uno que le diera un medio para resolver aquella difícil situación, hasta que apareció el duque y lo tranquilizó diciéndole:

—¿Ha regresado ya mi nieto?

El susto que se había llevado era de los que no pasan tan fácilmente, y el infeliz administrador no tuvo fuerzas para contestar y respondió moviendo negativamente la cabeza.

La bocina de un auto impidió que el duque se diera cuenta del estado de nerviosidad en que se encontraba su subordinado, y le hizo exclamar:

—Un auto!... Vaya a ver... sin duda es él.

Pero a los pocos segundos volvió a aparecer el administrador, más blanco aún, si cabe, que cuando se había ido, quien dijo:

—¡Es Su Alteza, Excelencia!... ¡Su Alteza que llega!

—¡Bonito papel voy a hacer ahora... sin una señora, sin una señorita! — se lamentó el noble caballero, sin advertir que detrás de él

avanzaba también Freddie con un hermoso ramo de flores.

Mas como la cosa no tenía remedio, salió a recibir a la recién llegada, que le dijo al verlo:

—Nada de cumplidos ni de ceremonias, duque. Vengo en plan de saludar a un antiguo y buen amigo.

Iba éste a excusarse de la falta de la dama que exigía la etiqueta, cuando quedó asombrado al ver a su nieto dirigirse resueltamente hacia la princesa, ofreciéndole las flores que llevaba.

Recogió ésta, con manifiesta complacencia, el ramo que le ofrecía la muchacha, y le preguntó a su abuelo:

—¿Quién es esta linda joven?

Antes que el duque pudiera contestar, se adelantó Freddie y repuso:

—Soy la nieta del duque, Alteza.

La princesa atrajo hacia ella a la preciosa muchacha y la besó cariñosamente en la frente, mientras que el duque, creyendo que su nieto había hecho aquello para librarlo del compromiso, le decía a Matías:

—¡Hemos dejado que la princesa bese a un

hombre!... ¡Si esto llega a saberse estoy deshonrado!

Demasiado sabía el administrador que su se-



—Soy la nieta del duque, Alteza.

ñor podía estar tranquilo respecto a este particular; pero, aún así, se abstuvo de revelar la verdadera personalidad de Freddie y continuó guardando silencio.

Un poco después, recorrían los dueños del

castillo y sus ilustres huéspedes los maravillosos jardines que rodeaban la señorial residencia, y mientras que la princesa admiraba las innumerables bellezas que encerraban, el duque (Jasón) a parte a su nieto y le dijo:

— Por suerte, Su Alteza no se detendrá aquí más que dos horas... Al menos, en ese tiempo no hables una palabra, no sea que vaya a descubrirse el engaño.

Pero, en contra a la suposición del aristócrata, la princesa se acercó a él y le dijo:

— Es preciosa esta posesión, querido duque!... Si yo supiera que usted no lo tortura a mal, me quedaría aquí algunos días, a gozar de este paraíso.

— Sería un alto honor para mí, princesa — se vió obligado a contestar el duque, disimulando la inquietud que le producía aquella petición y el temor a que se descubriera que su nieto no era la muchacha que representaba ser,

Tantas emociones y tantas inquietudes sumieron al pobre duque en la tortura de la

gota, y Freddie, durante la permanencia de la princesa en el castillo, pudo continuar usando sus vestidos de mujer, a pesar de que toda la servidumbre de la casa creía estar en el secreto de lo que se trataba, al ver a su señorito transformado de aquella forma.

Una mañana se hallaba Freddie columpiándose en una de las avenidas del inmenso parque, cuando ante ella se detuvo un soberbio automóvil, y su conductor, un simpático joven, se quedó durante un gran rato contemplando las torneadas pantorrillas de la muchacha, que el ir y venir del columpio dejaban ver un poco más de lo debido.

Cuando ella se dió cuenta de la inspección ocular de que era objeto, se tiró en seguida del columpio y se acercó al automóvil, diciéndole, indignada, al atrevido conductor:

— ¿Quién le ha permitido mirar mis piernas?

Rió el muchacho de buena gana y contestó tranquilamente:

— Sus faldas cortas, señorita.

— Es usted un insolente — volvió a exclamar Freddie, cada vez más indignada.

Pero el aludido, sin darse por ofendido y sin dejar de sonreír, repuso con fina galantería:



—¿Quién le ha permitido mirar mis piernas?

—Sus faldas cortas, señorita.

—Usted, en cambio, es encantadora.

A pesar de todo, Freddie no dejaba de reconocer que el rostro de aquel desconocido ins-

piraba una franca simpatía y, fingiendo estar todavía enfadada, le preguntó:

—¿No sabe usted que está prohibido entrar en esta posesión?

Y ante el gesto afirmativo de él, terminó diciendo:

Entonces, haga el favor de marcharse.

Obedeció aquél la orden de la muchacha, y mientras se alejaba en su coche sintió Freddie que un sentimiento desconocido la obligaba a no apartar la vista del lugar por donde había desaparecido el joven.

Sin concederle más importancia al incidente, continuó su ordinario paseo, hasta que volvió al castillo y, cual no sería su sorpresa al encontrarse con el desconocido de momentos antes y oír a la princesa que se lo presentaba diciéndole:

—Freddie, te presento a mi hijo Cristián, que ha querido venir a darnos esta sorpresa.

No pasó inadvertido para el joven príncipe el azoramiento de su bella amiga, y estrechó entre sus manos la que le ofrecía la joven, a la vez que le decía:

—Celebro en el alma, señorita, este encuen-

tro que nos permite reanudar nuestras relaciones.

Un criado anunció, en aquel momento, que



—Freddie, te presento a mi hijo Cristián, que ha querido venir a darnos esta sorpresa.

la comida estaba servida; y Freddie, mientras la princesa se dirigía al comedor, aprovechó la ocasión para disculparse con su hijo y decirle:

—Perdóneme Su Alteza si antes estuve inconveniente...

Pero el príncipe, que desde el primer momento se había sentido agradablemente impresionado por los encantos de la joven, no la dejó que terminara su disculpa y le dijo, a la vez que hacía una profunda reverencia:

—Soy yo quien debo hacerme perdonar, señorita.

La inclinación que hizo el príncipe al decir esto recordó a Freddie su primer encuentro con él, e instintivamente y con esa ingenuidad propia de sus pocos años, se llevó las manos a las faldas, como queriendo ocultar sus preciosas pantorrillas.

Comprendió el joven en seguida lo que significaba aquel acto de la muchacha, y la tranquilizó diciéndole:

—No tema usted... Yo no miro más que cuando viajo de incógnito.

Aquella situación violenta duró ocho días, tanto como la gota del duque, y cuando éste volvió a salir de sus habitaciones y vió la excesiva galantería que el príncipe tenía para con su nieto, le dijo a su administrador, riendo a más no poder la traviesa idea que se le había ocurrido al muchacho:

—Parece una buena persona ese príncipe... Pero no debe ser muy inteligente, porque a su edad yo no hubiera cometido la tontería de tomar a Freddie por una mujer... ¡Hace falta estar ciego!

Mafias contestó afirmativamente, aunque, para su interior, pensó que allí el único que estaba ciego era su señor. También él había observado las galanterías del príncipe y el agrado con que la joven admitía sus atenciones; y comprendió que la madeja se iba enredando cada vez más; pero, no obstante, se abstuvo de hacer la menor reconvención a Freddie, seguro de que no le haría caso, y esperó a que estallase de un momento a otro la terrible tempestad que se avecinaba a pasos agigantados.

En efecto, la simpatía que en un principio unió a los dos jóvenes fué convirtiéndose, en el transcurso de los días, en un sentimiento más fuerte, que iba insensiblemente uniendo sus corazones; y una mañana, después de haber terminado su partida de *tennis*, el príncipe se acercó a ella y le dijo:

—¿Por qué me llama usted siempre Alta-

za? Le suplico que en adelante me llame Cristián... Es mucho más dulce.

Y antes que la joven pudiera darse cuenta, se encontró en los brazos de su huésped, que pretendía besarla.

Se escurrió como pudo de aquel abrazo y huyó de él, sentándose al borde de un estanque próximo, donde la siguió el príncipe, arrepentido de su arrebatado anónimo y suplicándole:

Hagamos las paces, ¿quiere usted?... Le prometo que en adelante seré más comedido.

¿Qué iba a hacer Freddie, si su corazón pertenecía ya por completo al joven? Le ofreció su mano, en señal de reconciliación, y el príncipe, estrechándola apasionadamente entre las suyas, prosiguió:

—¿Cree usted que al lado de una muchacha como usted un hombre no puede enamorarse seriamente, ardientemente, en ocho días?

Levantó ella su linda cabecita y el brillo de sus ojos contestó afirmativamente a aquella interrogación.

El príncipe, sin soltar la mano que tenía prisionera entre las suyas, adivinó el pensa-

miento de la muchacha y, verdaderamente fascinado por los hechizos de aquel rostro de cielo, balbució:



—*¿Cree usted que al lado de una muchacha como usted, un hombre no puede enamorarse seriamente, ardientemente, en ocho días?*

—Usted quizás no lo crea... pero yo... la quiero con toda mi alma... ¿No aceptaría usted ser mi esposa?...

Y olvidando la promesa que acababa de hacerle, intentó de nuevo estrecharla contra su pecho; pero se contrajo al oír a Freddie que le dijo, alarmada, temiendo que los pudiera ver algún criado del castillo:

—¡Déjeme... déjeme... por favor! Si alguien nos viese... ¿no se imagina usted lo que podrían pensar de nosotros!...

Y una vez libre de los brazos amorosos que pretendían sujetarla, la enamorada muchacha corrió, con el corazón lleno de una infinita alegría, a ocultar su dicha en la soledad de su alcoba.

Llegó la noche, y durante toda la velada no pudo el duque sustraerse al obsesivo pensamiento de creer a Freddie desempeñando un papel ajeno a su sexo; y cuando llegó el momento de retirarse, la princesa, al despedirse de él, le dijo:

—Creo que mi hijo tiene gran interés en hablar con usted, querido amigo.

Este, que no tenía un momento tranquilo desde que su nieto principiô lo que para él era una verdadera farsa, se alarmó, temiendo que se hubiera descubierto al fin, y mucho más cuando oyó al príncipe decir a Freddie:

—No... no se vaya usted, se lo ruego... Quizás después la necesitemos...

El duque esperaba con angustiosa intranquilidad que llegara la hora fatal, sin atreverse a decir nada, hasta que el joven comenzó la conversación diciendo:

—Es un poco difícil de decir... Se trata de... Freddie...

Ya no le cabía duda al atribulado anciano de que sus presentimientos eran ciertos. Creyó que lo más conveniente para justificar su conducta era declarar toda la verdad, y ya iba a hacerlo, cuando el príncipe continuó diciéndole:

—Mi madre quería hablarle a usted, pero luego pensó que mejor me expresaría yo mismo... Señor duque, tengo el honor de pedirle la mano de la señorita Freddie.

El viejo aristócrata dió un salto sobre su asiento y, no pudiendo creer que su nieto lle-

vara la broma hasta aquel punto, le preguntó:

—Y él... quiero decir ella... ¿sabe que usted iba a dar ese paso?...



—...Señor duque, tengo el honor de pedirle la mano de la señorita Freddie.

—Jamás me hubiera atrevido a ello sin su consentimiento — contestó el príncipe, sin comprender aquella excitación del duque.

Por fin éste logró dominarse un poco y se

excusó de dar una contestación definitiva, diciendo:

—Perdón, alteza... Esta noticia imprevista me ha sorprendido algo... ¿Me permite usted reflexionar unos instantes?

La reflexión del duque no era otra que la de buscar a su nieto y exigirle que le diera una explicación de todo lo que había sucedido; pero Freddie, que lo vio venir, se dejó caer sobre un sofá de la habitación inmediata, fingiendo que dormía y procurando que por su descolo asomase discretamente la prueba irrefutable de su verdadero sexo.

El asombro del abuelo no tuvo límite ante aquel descubrimiento, y, sin poder dar crédito a lo que veía, quiso convencerse palpablemente; pero, al adivinar la joven el pensamiento de su abuelo, dió un salto y se abrazó a él, suplicándole mimosa:

—Perdóneme, abuelito... Usted quería un nieto a toda costa... ¿Qué iba yo a hacer? ¡No me riña usted!, abuelito!... ¡Si mi pobre padre viviese, le gustaría tanto verme al lado de usted!...

El duque había llegado a tomarle verdadero

carino a aquel muchacho o muchacha, porque ahora no sabía ya a qué atenerse; pero no



...fingiendo que dormía y procurando que, por su descolo, asomase discretamente la prueba irrefutable de su verdadero sexo.

obstante, fingió cierto enfado al oír las palabras de su nieta, que volvió a decirle, mientras lo acariciaba con infinita ternura:

—Comprenda usted, abuelito, que yo no ten-

go la culpa de haber nacido mujer... una mujercita que le quiere con toda su alma...



—Comprenda usted, abuelito, que yo no tengo la culpa de haber nacido mujer, una mujercita que le quiere con toda su alma...

La dulce ingenuidad de la traviesa chiquilla conmovió, por fin, el corazón del abuelo, que terminó aquella escena exclamando:

—Todo eso que has hecho está bien... pero

lo que resulta imperdonable es que de ese modo te hayas burlado de tu abuelo... ¡un hombre con canas!... ¡¡con gota!!...

—Entonces... ¿Consiente usted en mi matrimonio? — le preguntó Freddie, al ver que finalmente sonreía.

—Sí, pero prométeme antes dejar crecer un poco tus cabellos... Hay que decidirse a ser hombre o mujer; o una cosa u otra.

La promesa de Freddie fué un beso largo y cariñoso, que hizo desprenderse de los ojos de su abuelo una lágrima de ternura; y la muchacha, loca de alegría, corrió en busca de su prometido.

Su corazón femenino no desmentía su sexo, y como todas corría tras su amor, hacia ese sentimiento eterno que no cambia en la mujer, a pesar del transcurso del tiempo, ni ante las modas más exigentes.

Y mientras tanto, el duque llamó a su administrador y señalándole la pareja que formaban su nieta y el príncipe, le dijo, riéndose:

—Mire usted, Matías ¡mire usted y asómbrase!

Y dándole una cariñosa palmadita en la es-

jorda, continuó diciéndole, en tono de broma:

Se vuelve usted viejo, mi buen Matías... ¡No haber adivinado que Freddie es una mujer!... ¡Yo lo adiviné en seguida!...

El bueno de Matías se le quedó mirando un momento, y por fin, al ver el buen humor del duque, exclamó, confirmando sus palabras:

—Es verdad, Excelencia... Esto es la edad... La maldita edad que casi no nos deja ya ver las cosas como son...

F I N

PRÓXIMO NÚMERO

La gran película de enorme éxito

SU ALTEZA EL PRINCIPE

Creación de

ANTONIO MORENO, MARION DAVIES,
etc.

Sea Vd. coleccionista de LOS GRANDES FILMS

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

COLECCIONE USTED LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Noé. El triunfo de la mujer. El prisionero de Zenda. El joven Medarda. Los amigos de la mujer. Una mujer de París. El Conjurado. Para toda la vida. Cyrano de Bergerac. De mujer a mujer. La Hermana Blanca. El milagro de los lobos. El París. El Vagabundo de mujer.

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Uberalles. Maciste, Emperador. Lirio entre espigas. El que reñe al befofo. Rosalva. Ante Mercedita. El fantasma de la guerra. El trapecista. El Caid. Madame Sans-Gêne. América. Cuando las mujeres aman. El Gambia Blood. Más fuertes que en amor. Ella... Demasiadas mujeres. Noblesse oblige. Gen'les de odio. El Rajá de Dharmagar. El difunto Matías Pascal. La marca de fuego. Los Hijos de Noé. Pensador de Islandia. La 8ª mujer de Barba Azul. El Bos de la Victoria. El príncipe de Nancy Preston. Testista gitana. La Pique de París. El adiós de Lady Widdowson. Por la Patria. Amor de Padre. El asalto al cuartel de Corrozo. Dios, el General Maciste. Boy. La conquista del Amor. Bajo el cielo de Monte-Carlo. La Baronesa. La Recluse. Modernidad. Los niños del Hospicio. El diablo disfrazado. La ruina del abido. ¿Eben tener hijos los pobres? Corrozo. Rosa de Terania. El Tricelástico. El hijo prodigo. El mundo perdido. La novita fugida. El misterio. La noche de una noche. La que no pudo amar. Montecarlo. Malibona. La Navarita de la Legión. Los Anabres que pagan. El trapecista.

Precio de cada libro: 50 céntimos

A LOS ÉXITOS MERECIDOS

de **SIN FAMILIA**

Por Laetitia Shaw.

y **"MARE NOSTRUM"**

Por Alice Terry y Antonio Morana.

ha seguido el recientemente obtenido por

NANTÁS, el hombre que se vendió

Por Lucienne Legrand y Donatien

EN PREPARACIÓN:

VIDA BOHEMIA

Por Lillian Gish, John Gilbert, Renée Adorée,
Roy D'Arcy, etc.

y

"COBRA"

Por Rodolfo Valentino, Nita Naldi, etc.

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

OSI LGR (CHICO)

